

negro buscaba en su mano el diamante que él le prometiera, y del que por casualidad el engaste estaba vuelto hacia la palma, añadió:—Nada temas tú tampoco, tendrás la sortija; pero ¡bah! para que no te cueste el trabajo de quitarla, tómelala usted, padre mío.

Jorge se quitó la sortija y la entregó al sacerdote, indicándole con una seña que estaba destinada al verdugo. Luego se acercó a una pequeña papelera, la abrió y sacó de ella las dos cartas que escrito había, una para su padre y la otra para su hermano, y asimismo las puso en manos del sacerdote, al cual nuevamente pareció comunicar algo. En efecto, le puso la mano en el hombro, lo miró de hito en hito y movió los labios; pero ahora también pudo más en él su voluntad que su emoción, y el nombre que pugnaba por escapársele del pecho murió en su boca tan débil, que nadie lo oyó.

En esto sonaron las seis.

—Vamos—profririó Jorge saliéndose de su calabozo seguido del sacerdote y del verdugo.

Al pie de la escalera el joven encontró al médico que lo estaba aguardando para darle el adiós postrero.

—Recomiendo a usted mi cuerpo—articuló Jorge al oído del médico y apretándole la mano.

XXVIII

LA IGLESIA DE SAN SALVADOR

A la puerta de la calle se apiñaba la muchedumbre; que como en Puerto Luis son rarísimos los espectáculos, todo el mundo quería ver, si no morir, a lo menos pasar al reo.

Consultado por el director de la cárcel, Jorge había solicitado del gobernador ir a pie hasta el patíbulo. De tal suerte, el joven se avanzó escoltado por ocho artilleros montados que lo aguardaban a la puerta y entre dos filas de soldados ingleses que formaban cordón y a la par que vigilaban al reo contenían a los curiosos.

Al presentarse Jorge a la vista del público, levantóse un rumor; sin embargo, contra lo que el mulato esperaba, en aquel rumor no predominaba el acento de odio, sino el interés y la compasión; y es que un hombre hermoso y altivo puesto en presencia de la muerte ejerce siempre una fascinación incontrastable.

Jorge, con pasar algo terrible en su corazón, andaba con firmeza, erguida la frente y sereno el rostro. El joven pensaba en Sara, que no había dado paso alguno para verlo, ni escrito una línea, ni enviado un recuerdo; en Sara, en la que él había puesto toda su fe, y a la cual debía su última decepción. Verdad que con el amor de Sara habría añorado la vida, y que el olvido de la criolla era la hez de su cáliz. Además, junto a su amor vendido, murmuraba su orgullo humillado. Jorge, pues, vió frustradas todas sus esperanzas; su superioridad no lo llevó a meta alguna. El final de su larga lucha era el patíbulo, al cual se encaminaba abandonado de todos, y sin dejar tras sí otra opinión que la de ser un insensato. De tiempo en tiempo y mientras avanzaba y miraba a una y otra parte, se sonreía respondiendo a sus pensamientos; pero si su sonrisa era exteriormente parecida a todas las sonrisas, interiormente era de hiel. Con todo eso Jorge esperaba ver a Sara en una u otra esquina, en una u otra ventana; porque si la criolla había dejado caer ante él su ramo, cuando llevado por *Antrim*, vencedor, corría al

triunfo, ¿no dejaría caer una lágrima en su camino cuando, vencido, se dirigía al cadalso? Pero Sara no pareció en parte alguna. Jorge siguió de esta suerte la calle de París; luego torció a la derecha y tomó hacia la iglesia de San Salvador, colgada de negro como para unos funerales; que unos funerales venía a ser la ceremonia que se preparaba, cuanto más que un reo de muerte no es sino un cadáver. Al llegar a la puerta del templo, Jorge se estremeció. Junto al buen anciano sacerdote, que lo esperaba en el pórtico, estaba una mujer enlutada y envuelta en luctuoso velo. ¿Qué hacía allí aquella mujer vestida cual viuda, y a quién esperaba? Jorge, arrastrado por una fuerza superior a su voluntad, alivió el paso, y se avanzó con los ojos clavados en aquella mujer, palpitándole cada vez más el corazón y laténdole aceleradamente el pulso, tan tranquilo ante la muerte. En el instante en que el joven sentó la planta en la primera grada de la iglesia, aquella mujer se adelantó un paso hacia él, que de un salto subió las cuatro gradas, levantó el velo, lanzó una gran voz y cayó de rodillas. Aquella mujer era Sara; la cual tendió lenta y solemnemente la mano, y, en medio del más profundo silencio de la muchedumbre, dijo en voz levantada:

—En el umbral de la iglesia en que entra, al borde de la tumba en que está próximo a caer, ante Dios y los hombres, a todos os tomo por testigos de que yo, Sara de Malmedie, vengo a preguntar al señor Jorge Munier si quiere tomarme por esposa.

—¡Sara!—exclamó Jorge rompiendo en sollozos,—eres la más digna, la más noble, la más generosa de las mujeres.—Y levantándose y abrazando a la criolla cual si hubiese temido perderla, añadió, haciéndola entrar en la iglesia:—Ven, viuda mía.

Si en el mundo hubo triunfador orgulloso de su triunfo, fué Jorge. En un instante, en un segundo, todo cambió para él; con una palabra Sara lo puso por encima de cuantos lo miraban pasar sonriéndose. Ya no era un infeliz insensato, incapaz de conseguir su propósito y muerto antes de haberlo conseguido; sino un vencedor herido en el momento de su victoria; era Epaminondas arrancándose del pecho la mortífera saeta, pero viendo con su postrera mirada huir el enemigo.

Así pues, con sólo el poder de su voluntad, con sólo el influjo de su valer personal, él, mulato, se había hecho amar de una blanca, y, sin haber dado un paso hacia ella, sin haber proferido una palabra para inclinarla en su determinación, sin haberle escrito una carta ni dirigidole una seña, aquella mujer vino a aguardarle en el camino del patíbulo, y, a la faz de todos, lo que tal vez nunca se viera en la colonia, lo eligió por esposo.

Ahora Jorge podía morir; acababa de recoger la recompensa de su prolongada lucha, en la cual había peleado a brazo partido con la preocupación, que si a él lo hiriera mortalmente, a la vez había sucumbido.

Todos estos pensamientos irradiaban en la frente de Jorge mientras atraía a Sara hacia la iglesia. El mulato no era ya un reo próximo a subir al patíbulo, sino el mártir que asciende al cielo.

En la iglesia formaban cordón unos veinte soldados, y en el coro había cuatro. Jorge pasó en medio de ellos sin verlos, y fué, con Sara, a arrodillarse al pie del altar.

El sacerdote empezó la misa nupcial; pero Jorge no oía la voz del celebrante, sino que apretando la mano de Sara, de cuando en cuando se volvía hacia la muchedumbre y le lanzaba una mira-

da de soberano desdén. Luego tornaba a posar los ojos en la criolla, pálida y moribunda y de la cual sentía temblar la mano entre la suya, y la envolvía en una mirada llena de gratitud y de amor, mientras ahogaba un suspiro; pues pensaba en lo que para él, que iba a morir, hubiera sido la vida junto a una mujer como aquella, esto es, un cielo. Pero ¡ay! el cielo no lo creó Dios para los vivos.

Entretanto la misa avanzaba, cuando Jorge, al volverse, vió a Miko Miko que se esforzaba, no con palabras, sino por medio de gestos, en mover a los soldados que custodiaban la entrada del coro, a fin de que lo dejaran llegar hasta Jorge para darle la última prueba de devoción, para suplicarle que le dirigiese una postrera mirada y le diese un apretón de manos por recompensa. Jorge se dirigió en inglés al oficial, y en nombre del buen chino le rogó que lo dejase llegar hasta él. El oficial, que no tenía orden alguna en contra, hizo una seña a sus soldados, los cuales abrieron calle a Miko Miko, que se disparó en el coro.

Ya el lector ha sido más de una vez testigo del agradecimiento del pobre mercader para con Jorge, desde el primer día en que lo viera, agradecimiento que fué a buscar al preso en su cárcel, y, por última vez, venía a manifestárselo al pie del patíbulo.

Miko Miko se arrodilló junto a Jorge y cogió y besó la mano que el joven le tendió; pero al mismo tiempo Jorge sintió, con estremecimiento, como el chino le deslizaba entre las manos un billete.

El chino, como si no hubiese solicitado más que aquel postrer favor, y, satisfecho de haberlo obtenido, no hubiese deseado más, se alejó al punto sin haber proferido una sola palabra.

Jorge, con el ceño arrugado y el billete en la mano, dijo entre sí:

—¿Qué significa este billete? Es indudable que encierra grande importancia.

Pero el joven no se atrevía a mirar el billete.

De tiempo en tiempo el mulato, al ver a Sara tan hermosa, tan abnegada, tan desprendida de todo amor terrenal, sentía un dolor para él hasta entonces desconocido, una como férrea garra que se le clavase en el corazón; y es que, pese a él, al pensar en la dicha que perdía, se apegaba nuevamente a la vida, y a la par que su alma estaba pronta a remontarse al cielo, sentía su corazón encadenado a la tierra. Entonces temía morir en la desesperación. Luego aquel billete que le abrazaba la mano, aquel billete que él no osaba leer temeroso de que lo vieran los soldados que lo custodiaban, parecíale que tenía que encerrar una esperanza, aunque, en su situación, toda esperanza era insensata. Con todo, no podía Jorge dominar su impaciencia; pero gracias al inalterable dominio que sobre sí ejercía, su impaciencia no se manifestó por acto alguno externo, a no ser en la crispatura de su mano, entre cuyos dedos estrujaba con tal violencia el papel, que se clavaba las uñas en la carne. Sara estaba orando. En cuanto al sacerdote, había llegado a la consagración, y cuando elevó la consagrada hostia y el monaguillo tocó la campanilla, todos se arrodillaron; circunstancia que Jorge, arrodillándose también, la aprovechó para leer el billete, que sólo contenía estas palabras: «Hemos llegado. Está presto.» La primera frase era de puño y letra de Jacobo; la segunda, de Pedro Munier. En aquel mismo instante y mientras Jorge, maravillado, solo en medio de la muchedumbre, levantaba la cabeza y miraba en torno de sí, abrióse de par en

par la puerta de la sacristía y entraron por ella ocho marineros que cogieron a los cuatro soldados del coro y les apuntaron sendos puñales a los pechos. Luego entraron de un salto Jacobo y Pedro Munier que cogieron, el primero en brazos a Sara, y el segundo a su hijo por la mano. Ya en la sacristía los dos esposos, entraron en ella a la vez los ocho marineros, abroquelándose con los cuatro soldados ingleses, a quienes presentaban a los golpes de sus camaradas. Jacobo y Pedro volvieron a cerrar la puerta y se salieron por otra que llevaba al campo y ante la cual había dos caballos ensillados: *Antrin* y *Yambo*.

—¡A caballo!—gritó Jacobo,—¡a caballo los dos, y a escape hacia la bahía del Sepulcro!

—¿Y tú? ¿y mi padre?—exclamó Jorge.

—Que vengan a cogernos en medio de mis valientes marineros—respondió Jacobo poniendo a Sara sobre su silla, mientras Pedro Munier obligaba a su hijo a montar a caballo. Y levantando la voz, añadió:—¡A mí, mis lascaros! ¡a mí!

Tras estas palabras salieron precipitadamente del bosque de la montaña Larga, ciento veinte hombres completamente armados.

—Márchese usted—dijo Jacobo a Sara,—y lléveselo consigo, sálvelo...

—¿Y usted?—preguntó la criolla.

—Nada tema usted, les seguimos.

—Jorge, por Dios, ven—profririó Sara lanzando su caballo al galope.

—¡Padre!—exclamó Jorge,—¡padre!

—Yo respondo de todo—articuló Jacobo dando un cintarazo a *Antrim*.

El cual partió como el huracán, llevándose a su jinete, que, en menos de diez minutos, desapareció con Sara a espaldas del campo malabar, mientras Pedro Munier, Jacobo y sus marineros

lo seguían con tal rapidez, que antes de haber los ingleses vuelto de su asombro, la pequeña tropa se hallaba ya en la otra margen del riachuelo de las Doncellas, esto es, fuera de tiro de fusil.

XXIX

LA LEYCÉSTER

A eso de las cinco de la tarde del mismo día en que ocurrieron los acaecimientos que acabamos de referir, la corbeta *Calipso* navegaba a toda vela con rumbo este nordeste, ciñendo el viento que, según suele en aquellos parajes, soplabla del este. Aparte de sus marineros y de Cabeza de Hierro, su primer teniente, la tripulación de la corbeta se había aumentado de otros tres personajes: Pedro Munier, Jorge y Sara. Pedro Munier se paseaba con Jacobo, desde el palo mesana al mayor, y de éste al mesana. Jorge y Sara estaban a popa, sentados uno junto a otro y con las manos asidas, y él miraba a ella, y ella al cielo.

Menester sería haberse encontrado en la horrosa situación de que acababan de salvarse los dos amadores, para poder analizar las sensaciones de suprema dicha y de gozo infinito que ellos sentían al hallarse libres en la inmensidad de aquel océano que los llevaba lejos de su patria, es cierto, pero lejos de una patria que, cual madrastra, sólo se había ocupado en ellos para perseguirlos de tiempo en tiempo. Con todo eso, de la boca del uno salía un doloroso suspiro que hacía estremecer al otro; que el corazón que ha padecido

largo martirio no se atreve a recobrar la confianza en su dicha. Y sin embargo, eran libres, y no tenían encima de sus cabezas más que el cielo, y bajo ellos la mar, y huían, con toda la velocidad de su ligera nave, de la isla de Francia, de aquella isla que peligró serles tan fatal. Pedro y Jacobo conversaban; pero Jorge y Sara estaban callados, o a lo sumo profería el uno el nombre del otro. De tiempo en tiempo Pedro Munier se detenía para mirar con inefable ternura a la feliz pareja; y es que el pobre anciano había sufrido tanto, que no sabía como tenía fuerzas para soportar su dicha. Jacobo, menos sentimental, miraba en la misma dirección; pero no fijándose en el cuadro que acabamos de describir, sino sondeando el espacio por la parte de Puerto Luis.

No solamente Jacobo no participaba de la alegría de todos, pero aun en ciertos momentos se ponía cuidadoso y se pasaba la mano por la frente como para apartar de sí una nube. En cuanto a Cabeza de Hierro, hablaba tranquilamente sentado junto al timonel; el buen bretón habría hendido la cabeza al primero que hubiese titubeado un segundo en cumplir una orden dada por él; pero, aparte de esta exigencia natural, no era orgulloso, daba la mano a todo el mundo y conversaba con el primero que se le presentaba.

Los marineros habían recobrado la expresión de indolencia que, tras un combate o una borrasca, forma el aspecto habitual de la fisonomía de los marinos; los que estaban de servicio se hallaban en cubierta, los demás en la batería.

Pedro Munier, con estar absorto en la dicha de Jorge y Sara, no dejó de notar la inquietud de Jacobo, y más de una vez siguió sus miradas; pero como nada vió, a no ser una aglomeración de nubes en la parte de poniente, dióse a entender

que eran las nubes aquellas las que preocupaban a Jacobo.

—¿Nos amaga una borrasca?—preguntó Pedro a su hijo en el momento en que éste dirigía hacia el horizonte una de sus interrogadoras miradas.

—¿Una borrasca?—repitió Jacobo.—Como no fuese más que eso, la *Calipso* haría tanto caso de ella como de las gaviotas que por ahí pasan; no nos amaga borrasca alguna, padre mío, sino algo peor.

—¿Qué nos amenaza, pues?—preguntó con inquietud el anciano.—Supuse que desde el instante que sentamos la planta en tu buque, estábamos salvados.

—¡Diantre!—contestó Jacobo,—la verdad es que ahora tenemos más probabilidades en pro que las teníamos hace doce horas, cuando estábamos escondidos en el bosque de la montaña Chica, y cuando Jorge rezaba su *Confiteor* en la iglesia de San Salvador; con todo eso, y sin que mi ánimo sea desasosegar a usted, no puedo todavía afirmar que estemos completamente en salvo.—Y sin dirigir directamente la palabra a persona alguna, añadió en alta voz:—¡Un hombre a los baos de perroquete!

Tres marineros se aprestaron al punto a cumplir la orden, y llegado que hubo uno de ellos al sitio designado, los otros dos volvieron a bajarse.

—¿Qué temes?—preguntó el anciano a Jacobo; —¿crees por ventura que intentarán perseguirnos?

—Ha puesto usted el dedo en la llaga, padre—contestó Jacobo.—Hay en Puerto Luis cierta fragata apellidada *Leycéster*, conocida mía de larga fecha, y me temo que no nos dejará partir tan campantes sin proponernos una partida de bolos, y mal nuestro grado tendremos que aceptarla.

—Como quiera que sea—replicó Pedro Munier,

—parece que a lo menos le llevamos una delantera de veinticinco a treinta millas, y con la velocidad que navegamos, pronto estaremos fuera de vista.

—Que echen la corredera—profirió Jacobo.

Tres marineros se ocuparon al punto en esta operación, que Jacobo siguió con interés visible; luego, cuando hubo aquélla terminado, preguntó:

—¿Cuántas millas?

—Diez, capitán—respondió uno de los marineros.

—Mucho es, en verdad, para una corbeta que ciñe el viento, y puede que en toda la marina inglesa no haya sino una fragata capaz de navegar media milla más en una hora; por desgracia esa fragata es la con la cual tendremos que habérmolas si al gobernador se le ocurre darnos caza.

—Si depende eso del gobernador—repuso Pedro Munier,—no nos perseguirán; ya sabes que lord Murrey era amigo de tu hermano.

—¡Como si ahora se tratase de su deber!—repuso Jacobo.—No, padre, lord Murrey tiene interesado en la partida su amor propio. Ya yo supongo que si el gobernador hubiese tenido el derecho de perdonar, habría perdonado a Jorge, porque perdonándolo daba pruebas de su superioridad; pero Jorge se le ha escapado de las manos en el momento en que él creía tenerlo bien asido. En esta circunstancia, pues, la superioridad ha estado de parte de Jorge, y por tanto lord Murrey querrá desquitarse.

—¡Una vela!—gritó el vigía.

—¡Ah!—profirió Jacobo mirando a su padre. Y levantando la cabeza, añadió:—¿Dónde?

—A sotavento—respondió el marinero.

—¿A qué altura?—preguntó Jacobo.

—Poco más o menos a la altura de la isla de los Toneleros.

—¿De dónde viene?

—Parece que de Puerto Luis.

—Ya tenemos tela cortada—profirió Jacobo mirando a su padre.—¿Ve usted como no estábamos fuera de sus garras?

—¿Qué pasa?—preguntó Sara.

—Nada—respondió Jorge;—por lo que se ve nos persiguen.

—¡Dios mío!—exclamó la criolla,—¿me lo habréis restituído tan milagrosamente para arrebatármelo otra vez? ¡Oh! ¡no puede ser!

Jacobo que se había subido a la gavia mayor y con su catalejo mirado atentamente hacia el punto indicado por el vigía, se bajó silbando y tornó al lado de su padre.

—¿Y bien?—preguntó el anciano.

—No me engañé—respondió Jacobo,—nuestros buenos amigos los ingleses nos dan caza.—Y consultando su reloj, añadió:—Por fortuna dentro de dos horas habrá anochecido y la luna no se levanta hasta las doce y media.

—¿Así, pues, crees que conseguiremos escaparnos?

—Haremos lo posible para conseguirlo, padre; nada tema usted. ¡Oh! yo no soy orgulloso; no gusto de los negocios en que sólo halla uno pérdidas; y respecto de este, maldito si me desdigo.

—¡Cómo!—exclamó Jorge,—¿tú huirías ante el enemigo? ¿tú, el intrépido, el invicto?

—Siempre huiré ante el diablo cuando éste lleve vacías las faltriqueras y tenga dos pulgadas de cuernos más que yo. Ahora si llevase bien herrada la bolsa, arriesgaría algo.

—Pero hombre, ¿no ves que la gente dirá que has tenido miedo?

—Y dirá la verdad. Por otra parte, ¿qué nos aprovecharía pelearnos con los ingleses? Como

nos cogiesen, nuestra sentencia ya está dictada de antemano, nos colgarían a todos de las vergas, y si nosotros los venciésemos, no tendríamos otro remedio que echar a pique al buque y a cuantos lo tripulan.

—¡Echar a pique! ¿y por qué?

—Pero hombre, ¿qué querrías tú que hiciésemos de ellos? Si los tripulantes fuesen negros, los venderíamos; pero blancos, ¿para qué sirven?

—¡Oh! Jacobo, mi buen hermano—profirió la criolla,—usted no haría eso, ¿no es verdad?

—Hermanita mía—respondió Jacobo,—haremos cuanto esté en nuestra mano; por otra parte, llegado el momento, si llega, colocaremos a usted en un sitio encantador, desde el cual nada verá usted de cuanto pase, y así para usted como si nada hubiese sucedido.—Y volviendo la mirada hacia el buque señalado, añadió:—Helo allá abajo, se ven sus velas mayores. ¿Ve usted, allí, padre?

—No veo sino un punto blanco que se mece en la cresta de una ola, y que a mí me parece una gaviota.

—Pues mire usted, la gaviota aquella es una fragata de treinta y seis cañones.

—¿Quieres decir que no es un buque mercante?

—Un buque mercante no ceñiría el viento.

—Bien lo ceñimos nosotros.

—Nosotros es distinto: no podíamos pasar por delante de Puerto Luis, porque hubiera sido arrojarnos en la boca del lobo.

—¿No puedes aumentar la velocidad de tu corbeta?

—Lleva todas las velas que en este momento puede. Cuando el viento sople en popa, añadiremos unos trapos y ganaremos dos millas; pero como la fragata hará lo mismo, nada avanzare-

mos. La *Leycéster* tiene que ganar una milla sobre nosotros; hace muchos años que la conozco.

—Entonces nos alcanzará mañana.

—Si no nos sustraemos a ella esta noche.

—¿Te parece si lo conseguiremos?

—Según quién sea el capitán de la *Leycéster*.

—Pero bien, ¿y si se nos echa encima?

—Si se nos echa encima la atacaremos al abordaje, pues ya usted comprende que un combate de artillería no puede sernos ventajoso. Primeramente la *Leycéster*, si lo es, que lo es, apostaría cien negros contra diez, lleva una docena de cañones más que nosotros, y en segundo lugar puede reparar sus averías en la isla de Borbón, en la de Francia, o en la isla de Rodríguez. Nosotros no tenemos sino el mar, el espacio, la inmensidad. Toda tierra nos es enemiga; por consiguiente, lo primordial para nosotros son nuestras alas.

—¿Y en caso de abordaje?

—En caso de abordaje las probabilidades quedan equilibradas. Primeramente llevamos a bordo obuses, lo que tal vez no es escrupulosamente permitido en un buque de guerra, pero es uno de los privilegios que nosotros los piratas nos concedemos a nosotros mismos de nuestra propia autoridad. Luego, como la fragata está en pie de paz, puede que no lleve más que doscientos setenta hombres de tripulación. Ahora bien, como nosotros llevamos doscientos sesenta, y, como usted ve, son todos ellos de la piel del diablo, se restablece la igualdad. Tranquilícese usted, pues, padre, y vámonos a cenar, que tocan la campana.

En efecto, eran las siete de la tarde, y, con la puntualidad acostumbrada, acababan de dar la señal de la cena.

Jorge dió el brazo a Sara, y, seguidos de Pedro Munier, se bajaron a la cámara de Jacobo, trans-

formada en comedor a causa de la presencia de la criolla.

Jacobo se quedó atrás para dar algunas órdenes a su teniente.

Aun para los ojos no marinos, era curioso ver el interior de la corbeta. Al igual que un amante embellece cuanto puede a su adorada, Jacobo había embellecido su nave con todas las galas con que se puede realzar a una ninfa del mar. Las escaleras, de caoba, brillaban como espejos; las guarniciones de latón, bruñidas tres veces al día, parecían de oro pulido, y todos los aparatos de muerte, tales como hachas, sables y fusiles, estaban caprichosamente colocados en torno de las portas al través de las cuales sacaban los cañones sus bocas de bronce. Lo más notable, empero, por su lujo, era la cámara del capitán. Jacobo, como dijimos, era muy sensual, y, como los hombres que, en las circunstancias apuradas, saben prescindir de todo, en las ocasiones ordinarias le gustaba gozar voluptuosamente de todo. Ahora bien, la cámara de Jacobo, destinada a servir a un tiempo de salón, dormitorio y tocador, era un modelo en su género. A cada lado, o si decimos a babor y a estribor, había sendos y anchos divanes bajo los cuales se escondían con sus cureñas dos cañones que sólo podían verse de la parte de afuera. Uno de aquellos divanes servía de cama, el otro de sofá, y el entrepaño lo formaba un hermoso espejo de Venecia con plateresco marco en el que figuraban Cupidillos entretejidos con flores y frutas. Finalmente, del techo pendía una lámpara de plata, robada indudablemente del altar de alguna Virgen, y cuyo precioso trabajo recordaba los más esplendentes días del renacimiento. Los divanes y las paredes de la cámara estaban entapizados con magníficas telas de la India, rojas y con flores de oro al

parecer bordadas por alguna hada. También aquella cámara la había cedido Jacobo a Jorge y a Sara; sin embargo, como la interrumpida misa de la iglesia de San Salvador no tranquilizaba del todo a la criolla respecto a la legalidad de su casamiento, Jorge le dijo que admitido de día en el santuario, pasaría la noche en otro compartimiento. Por lo demás, esta era la cámara dispuesta para comedor.

Singular, honda fué la satisfacción que sintieron aquellos cuatro personajes al hallarse reunidos en torno de una misma mesa, tras el temor de verse separados para siempre. Así, pues, y momentáneamente olvidaron el resto del mundo para no ocuparse más que en sí; lo pasado y lo venidero, para no pensar sino en el presente.

Transcurrió una hora con la velocidad del rayo, y luego tornaron todos a cubierta, donde lo primero que hicieron fué mirar hacia atrás para ver si descubrían la fragata.

—Paréceme que nuestra perseguidora ha desaparecido—dijo Pedro Munier tras breve espacio de silencio.

—Lo que hay—repuso Jacobo,—es que el sol está en el horizonte, y por tanto en la sombra las velas de la fragata; pero mire usted en esta dirección, padre—añadió el joven tendiendo la mano para guiar la mirada del anciano.

—Ya, ya veo—profirió Pedro Munier.

—Y aun se ha acercado—articuló Jorge.

—Algo así como una o dos millas; toma, mira, Jorge, y verás hasta sus velas bajas; no está a más de quince millas de nosotros.

En aquel momento la corbeta se hallaba a la altura del canal del Cabo, esto es, empezaba a dejar atrás la isla; el sol se acostaba en el horizonte en un lecho de nubes, y la noche llegaba

con la rapidez particular de las latitudes tropicales.

Jacobo hizo una seña a Cabeza de Hierro, que se acercó sombrero en mano, y le preguntó:

—¿Qué tenemos que pensar de aquel buque?

—Con permiso de usted, mi capitán, usted sabe más que yo respecto del particular.

—No importa, deseo conocer el parecer de usted. ¿Es un buque mercante o de guerra?

—Usted quiere chancearse, mi capitán—repuso Cabeza de Hierro riéndose como él solía, esto es, abriendo de oreja a oreja la boca;—usted sabe que en toda la marina mercante, ni aun en la Compañía de la India, hay buque alguno capaz de darnos alcance, y ese ha ganado aguas sobre el nuestro.

—¡Ah!... ¿Y cuánto se nos ha acercado desde que lo hemos descubierto, esto es, en tres horas?

—Mi capitán lo sabe mejor que yo.

—Pido a usted su parecer; dos pareceres valen más que uno.

—Se nos ha acercado unas dos millas, mi capitán.

—¿Y qué buque opina usted que es?

—Ya lo ha conocido usted, mi capitán.

—Puede que sí; pero temo engañarme.

—¿Usted engañarse?—profirió el teniente echándose a reír otra vez.

—No importa, diga usted.

—¡Voto al diablo! es la *Leycéster*.

—¿Y a quién busca según opinión de usted?

—A nosotros; ya usted sabe, mi capitán, que tenemos una antigua cuenta pendiente con ella.

—De perlas. Ya yo sabía cuanto acaba usted de manifestarme, pero me place el ver que los dos abundamos en la misma opinión. Dentro de cinco minutos van a relevar el cuarto; haga usted

que los que no estén de servicio descansen; dentro de unas veinte horas tendrán necesidad de todas sus fuerzas.

—Con su permiso, mi capitán, ¿no tiene usted intención de aprovechar la noche para hacer falsa ruta?

—Ya hablaremos de eso más tarde—respondió Jacobo;—ahora vaya usted a que se cumplan las órdenes que he dado.

Cinco minutos después relevaron el cuarto, y cuantos no estaban de servicio desaparecieron en la batería, donde a los diez minutos, todos dormían o aparentaban dormir, con no haber ni uno de ellos que no supiese que la corbeta era perseguida; pero conocían a su capitán, y en él descansaban.

La *Calipso* seguía el mismo rumbo, pero empezaba a encontrar la marejada de alta mar, y por consiguiente su marcha se hacía más fatigosa.

Sara, Jorge y Pedro Munier se bajaron a la cámara, dejando en cubierta a Jacobo.

Cerrada ya la noche, la *Calipso* perdió de vista a la fragata.

De esta suerte transcurrió media hora, tras la cual Jacobo llamó de nuevo a su teniente y le preguntó:

—¿Dónde le parece que nos encontramos en este instante?

—Al norte del Punto de Mira—respondió Cabeza de Hierro.

—Bien; y dígame: ¿es usted capaz de hacer pasar la corbeta entre el Punto de Mira y la Isla Llana, sin chocar a derecha ni a izquierda?

—Con los ojos vendados.

—Miel sobre hojuelas. Que estén, pues, todos prontos a maniobrar; el tiempo apremia.

Cada cual voló a su sitio, y en medio del mayor silencio resonó la voz de Jacobo, que gritó:

—¡Virar de bordo!

—¡Apareja a virar!—repitió Cabeza de Hierro.

Tras estas palabras se oyó el pito del contra-maestre.

La corbeta, cual caballo lanzado al galope al que se detiene prontamente, pareció como si titubease por un instante; luego viró lentamente y ladeándose bajo la influencia de una brisa fresca y del azote de amplias olas.

—¡Caña a sotavento!—gritó Jacobo.

El timonel obedeció, y la corbeta, acercándose al filo del viento, empezó a enderezarse.

—¡Orza!—continuó Jacobo,—¡carga a popa!

Estas dos maniobras fueron ejecutadas con igual rapidez y felicidad que las precedentes; la corbeta completó su abatimiento, y mientras empezaban a hincharse sus velas de popa, se cargaron rápidamente las de proa.

La *Calipso* se lanzó hacia el nuevo punto del horizonte que acababan de indicarle.

—Ahora—dijo Jacobo a su teniente, después de haber seguido todos los movimientos de la corbeta con la satisfacción que un jinete sigue los de su caballo,—va usted a doblar la isla, a aprovechar todas las variaciones de la brisa para acercarse usted al origen del viento, y seguir el cinturón de arrecifes que se extiende desde el canal de los Cuernos hasta el fondeadero de Flac.

—Está bien, mi capitán—dijo Cabeza de Hierro.

—Ea, buenas noches—repuso Jacobo;—cuando se levante la luna despiérteme usted.

Jacobo se bajó a la cámara, se acostó con la bienaventurada indolencia de los que constantemente tienen la vida pendiente de un hilo, y diez minutos después su sueño era tan profundo como el del más humilde de sus marineros.

XXX

EL COMBATE

Cabeza de Hierro cumplió su palabra; atravesó felizmente el canal que separaba el Punto de Mira de la isla Llana, y después de haber doblado el de los Cuernos y la isla del Ambar, se acercó cuanto pudo a la costa. Luego, a las doce y media, al ver salir la luna al sud de la isla de Rodríguez, se bajó a despertar a su capitán.

El cual se subió a cubierta, y dirigió a todos los puntos del horizonte la mirada rápida e investigadora del hombre de mar; el viento había refrescado y variaba del este al nordeste; la tierra estaba a unas nueve millas a estribor y como envuelta en brumas, y ni a popa, ni a proa, ni a babor se descubría nave alguna.

La *Calipso* se hallaba a la altura del puerto de Borbón.

Jacobo hizo lo que mejor hacer podía. Si durante la noche la fragata lo había perdido de vista, continuando su ruta al este, al amanecer sería demasiado tarde para ella para desandar lo andado, y él estaba en salvo; si, al contrario, por una inspiración fatal, el capitán del buque perseguidor, adivinando su maniobra, lo había seguido, le quedaba todavía la probabilidad de esconderse a su vista siguiendo la costa y aprovechando las sinuosidades de la isla.

Jacobo se esforzaba en sondear, con ayuda de un catalejo de noche, las negruras del horizonte, cuando sintió que le daban un golpecito en el hombro, y, volviéndose, repuso mientras tendía la mano a Jorge: